

MENSAJES EN EL VIENTO

Arlette Geneve

CAPITULO 1

Mar adriático verano de 2005

¿Qué tenía el mar que la atraía de forma tan poderosa?

Miró con una tierna sonrisa en los labios, la misma sonrisa que se le dedica a un niño que nos divierte con sus cabriolas, la forma juguetona de las olas que se estrellaban contra el casco del buque creando una melodía rítmica que conseguía adormecerla en un suave balanceo tierno y sibilante. Su vestido de noche de seda azul se arremolinaba juguetón en torno a sus piernas en clara amenaza de alzarse para bailar sin su consentimiento. Liria sujetó la tela sin una sombra de duda en sus ojos color bronce antiguo. El delicado moño festivo había quedado deshecho mucho antes de que terminase la cena de gala, pero sin que ese detalle le importara lo más mínimo. Los mechones color miel seguían golpeando su rostro como finos latigazos de atención al descuido de su atuendo.

Miró la botella que sujetaba en sus manos, y con un suspiro inconcluso, se decidió al fin, la lanzó de tal forma que la botella hizo un arco perfecto antes de caer en el agua. Contenía un mensaje de amistad, la promesa hecha a su niña de que su invitación navegaría por aguas desconocidas hasta que encontrase un alma cándida que le respondiese a su petición de saludo. Liria miró la botella que desaparecía bajo las olas que golpeaba el buque en su marcha para, finalmente, quedarse oscilando de izquierda a derecha en la estela que dejaba el barco tras de sí.

Siguió inclinándose más sobre la barandilla pulida de madera para observar mejor la espuma blanca que iba alejándose con un jadeo lastimoso brindándole una despedida ante el detalle de mirarlas cómo rompían entre ellas. Al fin soltó la sonrisa

que le estaba pidiendo su alma desde el inicio de esas fatídicas vacaciones, ella también lanzaba quejidos lastimosos desde hacía tantos años, y sus intentos quedaban sepultados en el abismo de la apatía.

Había tratado con ese viaje infructífero darle un nuevo impulso a su agónico matrimonio que se moría irremediablemente sin que ella pudiese hacer nada. Sus esfuerzos resultaban inútiles, vacíos, Charles seguía en la impenitencia de darlo todo por perdido. Liria iba a tirar la toalla convencida que ningún hombre valía los sufrimientos que ocasionaban, ni las angustias que producían. ¿Lo mejor de su matrimonio? su hija, los ojos de Liria se dulcificaron al evocar el rostro tierno y feliz de Lucía, su niñita de diez años y clara ausente en ese maldito viaje. No tenía que haberla dejado con Elena, el arrepentimiento llegó tarde, su mejor amiga y compañera de trabajo en el bufete de abogados Aguilar y Espuelas, la había convencido de que debía hacer el viaje sola con su marido para tratar de recuperar la chispa apagada en el más absoluto de los olvidos. Rió sin ganas, Charles estaba a punto de pedirle el divorcio para irse con una azafata que había conocido en uno de sus interminables viajes. Maldijo su estupidez así como diez veces seguidas antes de mascullar su infortunio, era incapaz de mantener el interés de nadie, Charles se había encargado de que no lo olvidase, había estado interesado por ella solo los primeros tres meses de matrimonio, hasta que le creció la barriga y se volvió pesada y torpe ¿Podía una mujer ser más desdichada en su vida marital? ¿Por qué les tocaba a ellas, penitentes peregrinas, intentar mantener lo insostenible? ¿Por qué se mostraban los hombres tan volubles en sentimientos, contradictorios como veletas? ¡Reyes indiscutibles de las discusiones! ¡Parcos en palabras! Interrogantes sin respuestas, incertidumbres cimbreadas que sólo la llenaban de sorda amargura e ingrato conformismo.

—Ha sido una grosería que abandonases la mesa sin dar una explicación por tu parte —Liria volvió su rostro de las olas para mirar a su marido que le ofrecía una mirada ausente de sentimientos, vacíos de la más elemental caridad fraternal.

—Los cuernos me pesaban demasiado sobre la cabeza para seguir viendo tus coqueteos con todo lo que lleva falda —Charles la miró con excesiva frialdad que a ella ya le resultaba repulsiva.

—Sabías que esto iba a ocurrir, lo sabías cuando contrataste este maldito viaje, así que atente a las consecuencias —Liria no se resintió por las palabras duras, ella misma se las había recitado durante los tres días que llevaban de crucero.

—Creía que nuestro matrimonio se merece cualquier pequeño esfuerzo para que no se extinga por la apatía en la que lo has sumido —Charles entrecerró los ojos.

—¿A qué llamas tú matrimonio? —Liria se envaró.

—A la unión que hizo de ti mi marido con la eterna promesa de que me amarías por el resto de nuestras vidas—. Charles no le respondió, siguió mirándola con rudeza- tu ausencia de sentimientos me sigue sobrecogiéndome aunque ya me haya acostumbrado pero, te concedo el mérito, hiciste muy bien tu trabajo.

—No te quiero Liria, deberás aceptarlo de una vez —ella sintió sus palabras como un golpe en su estómago, pero no le dio la satisfacción de verla doblarse.

—¿Me has querido alguna vez? —la pregunta le salió de forma involuntaria, como si no hubiese sido consciente de que su boca la formulaba.

—No te soporto —sucedió un silencio—. Me resulta intolerable seguir a tu lado —más silencio—. Eres la antítesis de lo que un hombre busca en una mujer.

Liria intentó tragarse la rabia que estaban a punto de aflorar por su boca y escupirla con veneno. Ninguna mujer se merecía ese despliegue de cobardía por parte de un hombre, y menos si a ese hombre se le habían dedicado diez años de vida.

—A ti no te gustan las mujeres —Charles seguía mirándola—, te gustan las sombras que no entorpezcan tu ego machista recalcitrante.

—¡Acéptalo de una vez! —Exclamó la voz masculina con vehemencia.

—¿Qué tengo que aceptar? —preguntó de forma ácida.

—Que no soporto el control que ejerces sobre mi vida, que me ahoga tu tiranía sobre las familias felices y toda la parafernalia que conlleva—. Liria entrecerró sus ojos ante el insulto del que estaba siendo objeto. Miró a su marido entre la decepción y la cólera a partes iguales. Paseó el brillo de sus ojos por la apariencia de él, su apostura aún le arrancaba cosquillas a su estómago. Charles no era excesivamente alto, pasaba el metro setenta a duras penas pero, Liria siempre había encontrado atractiva su forma de fruncir sus labios finos en sonrisas que pronto dejó de prodigarle a ella.

—Simplemente he tratado de controlar que no me pongas más cuernos de los que puedo sostener en la cabeza y eso no es control, es supervivencia básica —Charles resopló con desagrado.

—Sabías que no soy hombre de una sola mujer —Liria seguía callada esperando los golpes verbales que iban llegando como de costumbre—. Tu error fue tratar de atraparme mediante engaños —Liria tragó con dificultad ante la indiferencia que mostraba por sus sentimientos.

—Esa historia ya la conozco, ahórrate las palabras pues no vas a conseguir que te compadezca —le replicó, y Charles se pasó la mano por el pelo castaño claro en un intento de detener su rabia.

—¡Me engañaste! Yo nunca quise tener hijos, lo sabes —el jadeo le salió involuntario ante el golpe recibido.

Charles era todo un experto en reducir su autoestima al polvo. Trató a duras penas de sostener su orgullo en pie.

—Sí —comenzó ella demasiado dolida para analizar las palabras antes de decir las—, imagino que tu inmensa fortuna y tu arrollador atractivo fue un señuelo demasiado intenso para que lo ignorara una depredadora como yo.

—¡Basta! No te permito que me hables así —Liria tensó los hombros con ira.

—¿Qué no...? —no pudo continuar la frase, y trató de tragar el nudo que se había formado en su garganta —¡Charles! —Exclamó con la voz cargada de incertidumbre—, necesito tu ayuda para mantener el barco de nuestra vida en común a flote.

—El barco se está hundiendo y yo no pienso hundirme con él —Liria sintió una mano de hierro que le estrujaba el corazón porque sabía lo que venía a continuación—. Mañana desembarcaré en Venecia y cogeré un vuelo de vuelta a Londres —ella apretó la generosa boca bellamente cincelada en una mueca amarga. Desde que habían salido de Palermo tres días atrás, su ánimo había barrido el suelo por completo.

Charles no había dormido en el camarote de la planta siete que había contratado ni una sola noche, el único momento en el que habían coincidido era en la primera cena de gala en la mesa del capitán, y de poco le había servido, Charles la seguía ignorando con una facilidad que la dejaba muerta.

—¡Vete! Huye como el cobarde que siempre has sido —calló un momento antes de continuar. Charles, dudó durante un segundo, metió las manos en los bolsillos de su pantalón blanco y la miró con cierta vacilación.

—No he querido decir... —ella no le permitió continuar.

—¡Sabes de sobra que sí! —Liria miró hacia la negra noche para que él no viese lo profundamente herida que estaba, Charles se acercó a ella mientras alzaba la mano que detuvo a medio camino y la volvió a ocultar en el bolsillo como lamentando el gesto cariñoso que había estado a punto de ejecutar.

—Hay hombres que no sirven para ser maridos, y padres aún menos —Liria alzó sus ojos brillantes y llenos de ira hacia él—. ¿Por qué nos obligáis a serlo?

—¿Has terminado? —Charles la miró con absoluta indiferencia.

—Terminé hace diez años pero te niegas a ver la realidad de nuestra situación, este viaje ha sido una completa estupidez por tu parte —Liria redujo los ojos a una línea peligrosa.

—Imagino que no sería una estupidez si fuese Sandra y no yo la que estuviese aquí de pie mirándote —Charles soltó el aire con brusquedad.

—No metas a Sandra en esto —Liria sentía ganas de golpearlo ante el tono defensivo de él al hablar de su rival—. Si no hubiese sido ella, hubiese sido otra —Liria no sabía cómo la sostenían las piernas, se sentía vapuleada emocionalmente, arañada en su femineidad por las palabras déspotas de Charles que seguían hiriéndola con mordiscos fieros.

—¿Cuándo te perdí? —la pregunta hecha en un susurro le hizo dudar un momento, pero el necesitaba su libertad y tenía que apagar los rescoldos que Liria se empeñaba en avivar a base de pura cabezonería.

—Nunca me has tenido y aún me asombra que no te hayas dado cuenta.

Liria se llevó la mano a la garganta intentando ahogar los sollozos que pugnaban por salir con un bramido. Aunque conocía las palabras, oírlas le producía el mismo dolor lacerante de siempre.

Los recuerdos la cegaron por completo, recordó vívidamente al atractivo hombre de mundo que logró enamorarla en tan sólo dos semanas, la persiguió hasta que la llevó a su lecho a pesar de que Liria contaba sólo dieciocho años. Sus padres pusieron el grito en el cielo pues, para ellos, Charles, el galán inglés que había engatusado a su niña, sólo era un parásito vividor. Si no hubiese cerrado sus oídos a sus ruegos, Charles, no la estaría mutilando emocionalmente en ese preciso momento.

—¿En qué lugar del camino me equivoqué contigo? —Él no pensaba responderle, aunque lo pensó mejor y se separó un paso de ella.

—¡Mírate! Tienes veintiocho años y parece que tienes cincuenta—. Liria encogió los hombros inconscientemente—. Tuviste a Lucía y yo dejé de existir para ti, pasé de ser el marido a ser el procreador de lo único que te importa en el mundo. Me echaste a los brazos de otras con tu conformismo a mis necesidades.

¡Que él le recriminase algo así...!

—¿Ahora tengo yo la culpa de tu libertinaje? ¿De que seas un putón verbenero? —Charles resopló con enojo al escucharla.

—¿Y la tengo yo de que los hombres no existan para ti? —Liria apretó los labios con rencor mal disimulado.

—¿Se considera un crimen dejar los tacones de aguja cuando llevo la niña al colegio? ¿Estoy condenada simplemente por no ponerme escotes excesivos y faldas que me corten la respiración para poder abrazar a mi hija con normalidad sin creerme que

voy a caerme desmayada por la falta de aire? —Charles seguía en silencio—. Eres un cretino y no trates de culparme tu conducta execrable.

—No te quiero Liria —ella le volvió la cabeza con altanería intentando mantener su orgullo que se había escurrido por el casco de la nave y había terminado por fundirse con las olas que parecían que aplaudían el espectáculo vejatorio cuando chocaban entre ellas.

El silencio de él resultó un insulto que no respetó ella.

—¿Y cuándo te he pedido yo que me quieras? Lo único que te he pedido es que te comportes como un hombre que se viste por los pies y no por mí sino —calló un momento para ahogar un jadeo—, nunca por mí...

Las lágrimas le impedían terminar la oración, mantuvo silencio para no quedar más avergonzada todavía.

—¿Buscas autocompasión? —Liria bramo ya demasiado encolerizada para detener sus palabras que salían como puñales por su boca.

—¡Juro que debería haberte pagado con la misma moneda, tener la suficiente desfachatez para liarme con todo lo que llevase pantalones y así comprobar cuántos cuernos eres capaz de soportar! —Charles rió con sorna para frustración de ella.

Liria se puso mortalmente seria, si Charles hubiese meditado sólo un segundo, no se lo hubiese tomado a risa, estaba llevándola al precipicio emocional donde ningún hombre debería llevar a una mujer.

—No sabrías hacerlo, eres demasiado mojigata para pensarlo siquiera —Liria estalló.

—¿Qué te apuestas? —Charles siguió riéndose de ella.

—No hay en todo este barco un hombre lo suficientemente estúpido como para que lo tientes —ella sintió el insulto como una maza sobre su cabeza.

—¿Tanto me odias? —Charles tardó tres segundos en contestar con voz apagada.

—No te soporto que es peor —el quejido femenino salió como un rugido doloroso.

—¿Y entonces? —la pregunta salió por propia voluntad de su boca.

—Te dejo, aceptarlo o no es tu problema —Charles ya se había dado la vuelta para irse, pero ella lo detuvo con sus palabras sólo un segundo.

—Entonces te obsequiaré con un regalo antes de la despedida final ¿no crees?

Él la miró con cierta burla en sus ojos marrones.

—Tienes demasiada cobardía hasta para eso —ahora sí que se volvió por completo, y comenzó a alejarse sin un titubeo.

Liria estaba desangelada.

—¡Te juro que te pagaré con la misma moneda antes de que pongas un pie fuera de este barco!

Las carcajadas de él seguían resonando dentro de ella a pesar de la distancia. Liria estaba a punto de quebrarse de dolor porque el encontronazo había resultado demoledor y tan perjudicial para ella, como un vaso de cianuro tomado de un trago. Siempre le ocurría con Charles, sabía cómo doblarla hasta dejarla casi muerta con sus palabras.

CAPÍTULO 2

Se abrazó en silencio totalmente hundida en la humillación más escabrosa. Había creído de forma estúpida que aún podía hacer algo para enderezar el rumbo torcido de su vida, pero se había equivocado por completo. Tragó el nudo de su garganta que le impedía respirar y que la ahogaba con estertores violentos que la sacudían en un acicate continuo. Sentía cómo le quemaban las lágrimas en los ojos, no obstante, era incapaz de empujarlas para que salieran al exterior. No se deslizaban por sus mejillas para brindarle el consuelo que necesitaba, todo lo contrario, seguían allí cauterizando como trementina hirviendo cualquier sentimiento de valor y de coraje.

Se sentía incapaz de levantar los jirones de orgullo que habían quedado dispersos en la cubierta fría a pesar de la calidez de la noche. La popa del buque seguía en silencio, la mayoría de los pasajeros se encontraban en las diversas discotecas y zonas habilitadas para el esparcimiento hasta altas horas de la madrugada, esa circunstancia le había dado la soledad necesaria para que nadie observase su rendimiento a la fatalidad y lanzó una plegaria silenciosa por ello.

Su humillación se la había tragado sola, Dios había sido misericordioso al permitirle ese instante de intimidad.

Liria se abrazó la cabeza en un gesto vulnerable de congoja extrema. Apoyó su cintura en la barandilla para quitarle peso a sus piernas que se negaban a sostenerla, sintió un ligero mareo que la hizo doblarse peligrosamente en dos, pero no quiso sujetarse ni cuando un golpe de viento la hizo tambalearse precariamente sobre el vacío que creaba la estela del barco. Estaba ajena a todo lo que no fuese el agonizante dolor que la desgarraba por dentro tras los golpes verbales en la disputa.

El corazón seguía un paso lento de desasosiego que le producía escalofríos desde la uñas de los pies hasta el cielo de la boca. Se inclinó un poco más ante la arcada que sintió, la cena se le había revuelto en el estómago a pesar de que apenas la había probado, sólo atinó a sujetarse el pelo para que no se le manchase con su propio vómito. Una arcada más pero nada salía por su garganta que la sentía desollada por los insultos que se había tragado con célebre humildad. Se inclinó un poco más hacia delante, casi tenía medio cuerpo fuera de la barandilla y suspendido en la nada, esa sensación repentina de libertad resultó un bálsamo en su espíritu, soltó una de sus manos que sujetaba el pelo y de pronto, su mano se encontró manoteando el aire de la noche. Aterrizó sorpresivamente sobre un cuerpo duro. Algo la había arrastrado con violencia hacia atrás, su mente fue incapaz de asimilar qué había ocurrido y con qué se había golpeado.

—¡Qué...! —No fue capaz de apreciar si había sido el aire o alguien el culpable de que hubiese aterrizado de forma tan brusca, se volvió con ímpetu desmedido lanzando quejas por los ojos.

—Lamento la rudeza al sujetarla, pero no me apetecía dar un salto de cincuenta metros para rescatarla —Liria entrecerró los ojos al comprender que alguien había creído que pensaba suicidarse lanzándose al mar.

Trató de dar un paso pero el hombre no se lo permitió, dudaba de las intenciones de ella, por ese motivo seguía sujetándola con brazos de hierro. Liria, al ser consciente de lo indefensa que se sentía, se rompió en mil pedazos. Los sollozos comenzaron sin que ella pudiese hacer nada para evitarlos. Apoyó la cabeza en el pecho de su salvador y cedió al llanto largamente reprimido. Hipaba, sorbía y ante la ausencia de pañuelo dejó que las lágrimas empaparan la blanca camisa de su captor.

Que la hubiesen tildado de suicida, había sido la gota que había colmado el vaso de su desdicha. Se merecía todo menos el calificativo de cobarde.

—Llore, lo necesita —las palabras le produjeron el mismo efecto que una regañina desmerecida. Volvió a sollozar aún más violentamente—. Ese cabrón no merece sus lágrimas —las palabras de consuelo penetraron poco a poco en su mente que se mantenía ajena a todo lo que no fuese el dolor que la arropaba.

—¿Cabrón? —preguntó sin haber captado aún el mensaje de que alguien había sido testigo de su vejación como mujer por oírla suplicar una nueva oportunidad al verdugo de reducir su honor al polvo.

De pronto se debatió entre los brazos que la consolaban.

—¡Suélteme! —Su petición fue obviamente ignorada—. ¡Que me suelte!
¡Maldita sea! —Su captor era muy fuerte y grande, Liria apenas le llegaba al hombro a pesar de llevar tacones.

—Sólo si me promete que no va a tratar de lanzarse por la borda como hace un momento —Liria echó la cabeza hacia atrás para mirar el rostro de la persona que se había proclamado su salvador. El llanto había quedado olvidado tras la columna de furia que comenzaba a formarse dentro de ella.

—Nunca he pretendido lanzarme por la borda —las palabras dichas en un tono excesivamente seco no lo movieron ni un milímetro—. Tenía ganas de vomitar y no quería hacerlo en el suelo de la cubierta —las cejas negras se arquearon en una pregunta muda—. Se lo prometo —su captor renuente la soltó, pero no se separó de ella todo lo que las normas del decoro dictaban entre desconocidos.

—Le ruego una disculpa —comenzó él—, había creído... —ella alzó su mano derecha para detener las palabras.

—Muchas gracias —le respondió—, yo hubiese tratado de hacer lo mismo en una situación parecida —la absoluta perplejidad de él no se la tomó a risa.

—Entonces hubiésemos caído los dos por la borda —Liria se encrespó automáticamente.

—¿Perdón? —preguntó atónita por la respuesta masculina sorprendente.

—Mi tamaño no hubiese impedido que cayese por la borda como un saco de patatas y mi salvadora sujeta a mi espalda como una mochila —le aclaró con una semi sonrisa.

El acento, el fuerte acento la desconcertó. El individuo pronunciaba un correcto castellano, pero indudablemente no era español.

Liria comenzó a escudriñarlo concienzudamente, él, se dejó valorar en toda regla sin emitir un parpadeo.

Liria pensó que debía rondar el metro noventa. El pelo negro ondulado le daba una apariencia algo salvaje, se notaba a las claras que hacía mucho deporte porque a pesar de la altura no se le veía torpe en los movimientos. El pecho firme y musculoso que antes había notado en su espalda decían mucho sobre su conclusión. Miró el traje de gala, el pantalón negro a juego con la chaqueta que le sentaba como un guante, y marcaba con orgullo sus músculos. Llevaba dos botones de la camisa desabrochados pero pudo apreciar el fajín que seguía anudado a su cintura, subió sus ojos por su estómago plano, sus hombros anchos y el cuello largo hasta detenerse en su boca que la tenía abierta en una mueca de burla, la pajarita la llevaba desatada en el cuello de forma descuidada. Liria apretó los labios al ver la mirada divertida de él. Su supuesto salvador, era tremendamente atractivo y peligroso. Su instinto de protección femenina detonó las alarmas dentro de ella.

—No parece italiano —la afirmación salió por su boca sin tiempo a detenerla, y el desconocido le obsequió una media sonrisa.

—Soy griego —Liria abrió los ojos con interés.

Después de Venecia, el barco seguiría rumbo hacia las islas jónicas haciendo escala en Pireo, el barrio portuario de la ciudad de Atenas, por tanto, no podía haber embarcado en Grecia, sino en...

—Como ingeniero, tenía que probar mi barco que ha sido construido en Génova —Liria aceptó la llana explicación, aunque sentía la imperiosa necesidad de beber algo.

—¿Le apetece un poco de coñac? —le ofreció él—. Estaba tomando un trago en mi rincón favorito antes de que ustedes comenzaran su actuación.

La vergüenza tiñó de carmesí las mejillas de Liria al comprender.

—Debería haberse hecho notar —el desconocido no le respondió, y Liria se encontró siguiéndolo en aceptación silenciosa.

Vio las dos hamacas plegadas y que puestas de pie, ocultaban la pequeña mesa y las dos sillas de ese rincón de la popa, ¡con razón no lo había visto! Miró la copa llena de brandy que él le ofreció con una sonrisa, Liria la tomó y se la bebió de un trago, el líquido le quemó la garganta y su estómago lanzó una queja ante el atrevimiento, los ojos se le llenaron de lágrimas, pero se la volvió a tender.

—¡Más! —Si él se extrañó no dio muestras de ello. Volvió a llenársela, y de nuevo se la ofreció. En esta ocasión, Liria se la tomó con calma.

—Si no tiene cuidado puede subírsele a la cabeza —ella no le respondió.

—¿Desembarcará en Venecia? —le preguntó y Liria negó con la cabeza en un solo gesto. —¿Seguirá con el crucero? —tras pensarlo un largo minuto asintió—. Es la mejor decisión —le dijo medio en broma.

—¿Por qué habla un español tan fluido? —inquirió a bocajarro. Él tardó un segundo en contestar.

—Cursé mis estudios de ingeniería naval en España. Al terminar mi formación fui contratado por Astondoa para trabajar en uno de sus tres centros, concretamente el de Gallarta en Vizcaya —Liria abrió los ojos sorprendida.

—Pero Astondoa solo construye yates de recreo —le replicó dudosa.

El desconocido la miró con cierta burla en sus ojos.

—¿Y qué es este barco sino un yate de recreo algo más grande? —Liria creyó que no había oído bien porque clasificar al crucero Princess, la joya de la compañía Navy como yate, equivalía comparar a un asno con un semental.

Se terminó la segunda copa y pidió más.

—¿Lo cree prudente? —Liria inspiró profundamente antes de responder.

—El alcohol hace que no me compadezca tanto de mí misma —los ojos masculinos brillaron con comprensión, y bajo la luz amarilla de la cubierta, Liria comprobó que eran verdes, de una tonalidad entre el musgo y la hiedra.

—Extraño color para un griego —él entendió a la perfección las palabras de ella.

—Mi madre era española —le respondió conciso y Liria iba de sorpresa en sorpresa—. Mi padre era vicepresidente de la compañía Olympic Airlines en Madrid donde mi madre trabajaba como azafata de vuelo, se conocieron en uno de los

numerosos viajes que hacía mi padre desde Grecia a España —Liria se tensó, Sandra también trabajaba como azafata.

La invitó a tomar asiento en una de las dos sillas que había en el pequeño rincón. Aceptó gustosa en un intento de que las piernas dejaran de temblarle.

Él, volvió a llenarle la copa con el licor a tres centímetros del borde. Ella sentía cómo el vacío dejaba de pender sobre su cabeza que se estaba tornando ligera por momentos, el alcohol le calentaba la sangre y le nublaba el juicio.

—Extraños ojos para una española —Liria abrió la boca perpleja sin entender.

—Muchos españoles tienen los ojos castaños —él, negó por toda respuesta y ella siguió mirándolo con un escrutinio que mostraba a las claras su interés.

—Castaños sí pero, no de esa tonalidad tan especial. Parecen dos gemas color ámbar bruñido —Liria se recostó hacia atrás y lo miró con descaro e interés. Le gustaba demasiado escuchar su voz. —¿Podría servirle yo? —el estómago femenino dio un vuelco violento. Él no podía estar refiriéndose a...

—¿Perdón? —él hizo un gesto significativo con la cabeza que la llenó de azoro—. Lo ha oído todo, ¿verdad? —le preguntó con un hilo de voz, el hombre asintió en un gesto apenas perceptible—. Entonces debe saber que no hay en todo este barco un hombre lo suficientemente estúpido como para que pueda tentarlo —Liria recitó las palabras de Charles con furia desmedida.

—O yo soy demasiado estúpido o su marido es un cretino con complejo de inferioridad —Liria no sabía cómo tomarse esas palabras que lograron reconfortarla contra toda lógica.

—Si pretendía levantarme el ánimo, muchas gracias, lo ha logrado con creces.

—El ánimo se lo ha levantado el coñac que en situaciones extremas suele ser el mejor amigo, y un consejero silencioso —ella rió al fin con una sonrisa limpia y tintineante mientras que el desconocido se llevaba la mano al pecho.

—¡Kardia mou!¹... No vuelva a sonreírme así —Liria lo miró atónita con una ceja alzada.

—¿Perdón?

—Mi corazón no podría resistir otra sonrisa suya —Liria volvió a sonreír sin proponérselo, y él le guiñó un ojo cómplice.

Liria se sentía agradecida porque el dolor de su corazón ya no era de muerte anunciada.

—Gracias, sabe cómo hacer que una mujer se sienta cómoda en su compañía.

—Mi propuesta sigue en pie —ella se puso seria de inmediato aunque sus palabras calaron en lo profundo de su alma femenina atormentada.

—No lo decía en serio —se excusó.

—Yo creo que sí —la contraatacó, y Liria pensó que se merecía la respuesta de él aunque no se burlaba de ella.

—¿Viaja sólo? —él entendió de inmediato que ella trataba de cambiar de conversación pero, no se lo iba a poner tan fácil.

—No estoy casado —le respondió.

—Pero yo sí —Liria se sorprendió de la lástima que dejaban traslucir sus palabras. Se podían tomar de muchas maneras, esperaba que él no se diese cuenta.

—Y según palabras del cretino en ciernes, por poco tiempo —Liria se dejó caer en el respaldo de la silla con la derrota pintada en el rostro y las manos muertas a

¹ Mi corazón en griego

las sensaciones—. Le está haciendo un favor, créame —no sabía cómo tomarse ese consuelo que procedía de un desconocido peligrosamente atractivo, pero ansiaba tanto una palabra amiga que cerró los oídos a la sensatez—. Necesita a alguien que esté a la altura —Liria frunció la boca en una mueca ácida.

—Pues menudo consuelo, como puede ver es una altura muy baja —él supo que se refería a su estatura más bien pequeña.

—¿Le apetece ir a bailar o prefiere encerrarse en su camarote y suspirar por un cretino mayúsculo? —Liria entrecerró los ojos ante la invitación.

Se debatió en una decisión que podía cambiar su forma de enfrentarse a los hechos. Charles seguiría perdido en el barco para ella y sus emociones. Llevaba tres días en la más completa soledad, y por eso, un ramalazo de rebeldía la llenó por completo decidiéndola.

—Bailar sin lugar a dudas —él le ofreció una sonrisa apreciativa—, pero aún no sé cómo se llama mi salvador —le preguntó interesada, él le guiñó un ojo.

—Dennis, por esta noche, solo Dennis —ella correspondió asintiendo—, y mi dulce desconocida se llama...

—Liria, por esta noche, sólo Liria —él le sonrió enigmáticamente.

—¿Qué le apetece? ¿Salsa? ¿Clásico? —ella ni se lo pensó.

—¡Sirtaki! —Dennis la miró con un brillo extraño en sus ojos.

—En griego *συρτάκι* —le respondió al mismo tiempo que se levantaba ceremoniosamente. Le tendió una mano que ella aceptó encantada —Sirtáki entonces.